

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrille. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

LAS FLORES DE ENERO.

Enero, con cuyo nombre se designa hoy en todo el mundo al primer mes del año, viene de *januarius*, el portero, porque en efecto abre las puertas del año; pero no lo hace por cierto para devolvernos ese sol hermoso y esa animación de la naturaleza que diciembre se ha llevado; sino para prodigarnos generosamente la nieve que cubre con su espeso manto la tierra y los ve-

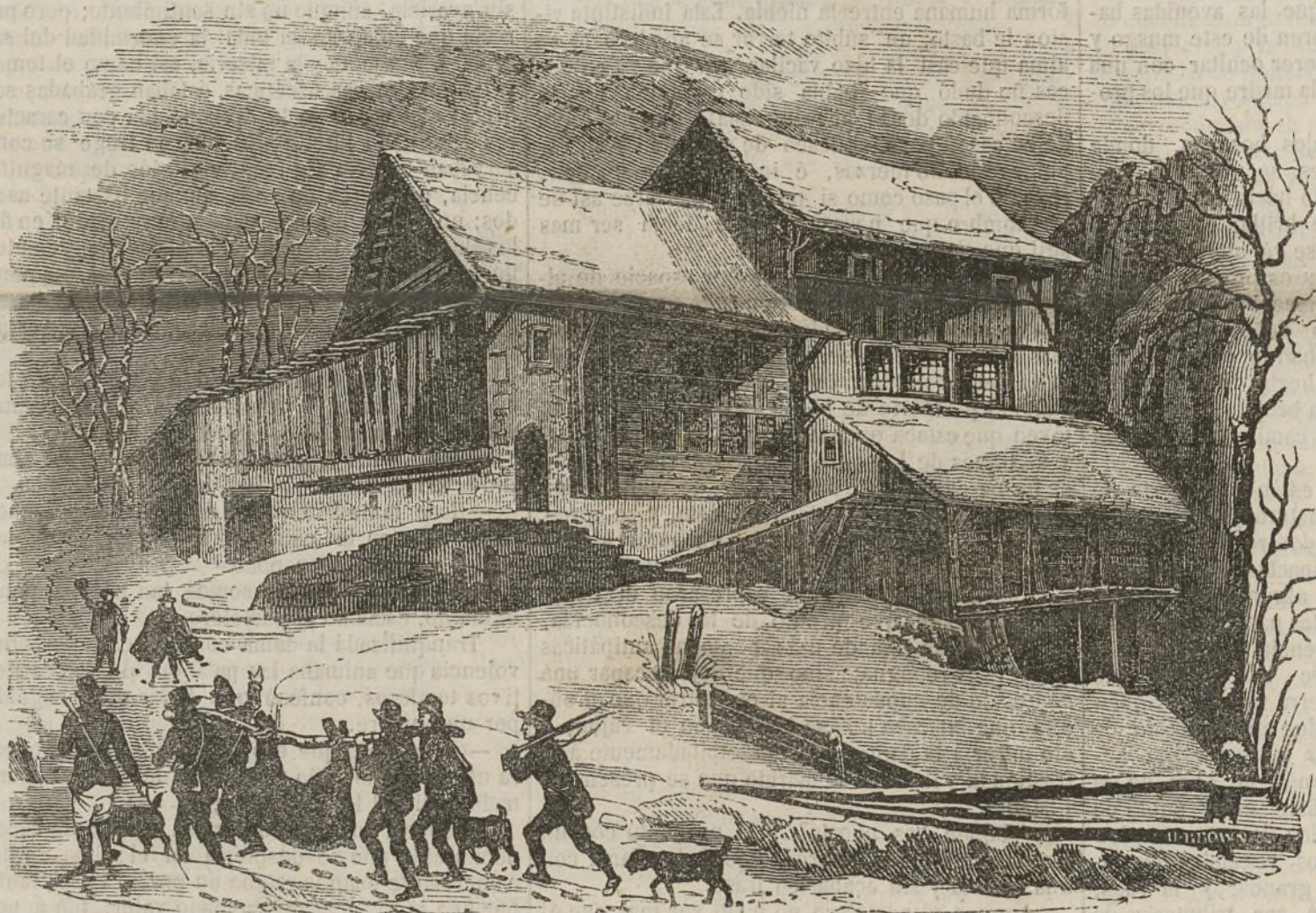
suaves para satisfacer la insaciable curiosidad y los deseos del hombre. Durante el invierno, los vegetales duermen: su vida es una especie de letargo que no impide el que la armonía de relaciones que existe entre los varios elementos que los componen, continúe obrando con esa insistencia con que todo obra y se mueve en el mundo animal y vegetal. La suspensión de la vida de las plantas puede compararse á la de ciertos animales, á ese sueño profundo que sepulta al liron en el agujero de la pared donde ha establecido sus cuarteles de invierno. Si se saca á este gracioso dormilon de su retiro, generalmente tapizado de suave yerba, se le verá inmóvil como un tronco, sin dar señal alguna de existencia: sométasele entonces á las mas crueles mutilaciones, y no se le verá dar señal alguna de sensibilidad. Pero si se le coloca en una habitación en que la temperatura esparza por do quiera un ambiente primaveral, pronto se le verá estenderse, dejar su lecho, bostezar como un hombre que sale de su sueño, y mirar con

su presa alada, y van á buscarla á otros climas: y en prueba de ello puede verse que las aves que emigran son en su mayor número las que viven de insectos.

Como los vegetales no pueden sustraerse á la acción del invierno, suspenden las manifestaciones exteriores de su vida y parecen contener hasta la respiración, puesto que todas sus hojas, que son los verdaderos órganos de ella, van cayendo una á una. En lo interior de los canales donde circula libremente el aire y el fluido que se llama sávia, no ocurren mas que movimientos imperceptibles; sin embargo, si los examinamos de cerca, veremos que en la mayor parte de los vegetales el movimiento vital no está sino amortiguado. Acerquémonos sino, á un avellano, á una lila, examinemos de cerca los botones de donde saldrán muy luego largas y hermosas hojas, y les veremos hincharse y querer romper la envoltura que los cubre; aunque lo hacen con ese instinto admirable de conservación que les advierte lo imprudente que

sería el precipitar su evolución. Así es que su desarrollo se limita á ir perfeccionando poco á poco esos órganos tiernos aun, que el frío llegaría á entumecer y á matar si se descubriesen. A todas las plantas de primavera les sucede otro tanto: todas parecen querer interrogar á la temperatura que les rodea; y desde el momento en que viene á calentarlas un rayo de sol, desde que el viento se despoja de su frialdad habitual en el invierno, parece que un movimiento eléctrico recorre el vegetal desde la base á la cima. Las raíces comienzan de nuevo su trabajo: la sávia sube á las ramas, y perfecciona poco á poco los órganos que muy luego empezarán á funcionar en toda su plenitud.

El *paulownia*, que es un presente que hemos recibido del Japon, nos muestra desde los primeros días del otoño sus botones de flores cubiertos de un musgo bronceado, semejante á la seda de la



Paisage de invierno.—La caza del oso.

getales que oculta en su seno. Para mayor variedad, hace alternar esos blancos copos que bajan suavemente del cielo formando sobre la tierra una especie de abrigo contra los vientos del Norte, con abundantes y copiosas lluvias y nublados que se atribuyen á la influencia del signo de Acuario.

¿Qué es, pues, lo que pasa en el interior de la tierra en esta época de desolación y de tristeza? ¿Cómo esos débiles embriones que la primavera vendrá á sacar de su sepulcro y á dar nueva vida con sus templadas auras, resisten á las influencias mortíferas de la estación hiemal? Este es uno de los grandes misterios del mundo vegetal. Enero, á pesar de sus rigores, no hace mas que amortiguar la vida momentáneamente: no la suspende del todo, ni produce la muerte mas que á las plantas exóticas, traídas de otros climas mas

asombro en derredor suyo, como queriendo cerciorarse de si en efecto ha llegado ya para él la hora de despertarse. Vuélvasele á trasportar á un parage frío, y se le verá encogerse de nuevo, y dormirse en un sueño tan profundo como si nadie le hubiese perturbado en él.

El erizo, y en general los animales que los naturalistas han colocado en la familia de los insectívoros, experimentan la suspensión hiemal. Y en esto el Autor de lo criado da, como en tantas otras cosas, una muestra de su alta sabiduría. ¿De que les serviría en efecto la vida, si por espacio de muchos meses se ven privados de todos los medios de sostenerla? Así la invernación es para los animales sedentarios lo que la emigración para las aves viageras. Los primeros duermen mientras la naturaleza yace en su letargo, y los últimos siguen á través del espacio

saturnia; y casi puede decirse que se les ve crecer; pero no se da mucha prisa á estender sus hermosas corolas azules, y espera tranquilamente que la atmósfera se temple para cubrirse de tirso de flores, en que la abundancia de estas compite con la de las hojas.

El *eleboro fétido* que florece tambien en él mes de diciembre, no se desalienta por los rigores de la estación, sino que continua desenvolviendo poco á poco sus hojas sin colorido ni perfume; y semejante al robusto aldeano que se goza en desafiar los rigores del tiempo, no se perturba en su marcha, ni por el viento que sacude su ramaje, ni por las heladas que en vano parecen querer envolverlo en un sudario de muerte.

El *eleboro negro* tan robusto como él, nos obsequia tambien con sus hermosas flores durante el invierno: si bien es verdad que estas

no son tan vivas ni tienen tan bellos colores en la estación de los hielos como cuando la temperatura está mas elevada, en cuyo caso se les ve trocar el color blanco verdoso por el sonrosado.

En los parages situados al abrigo de los vientos del Norte, se ve á la *campanilla blanca* romper la corteza de hielo que parece impedirle la salida, y descubrir por acá y por allá algunas florecillas atrevidas, que no temen habérselas con el temible soplo del aquilon: los franceses llaman muy oportunamente á esta flor *perce neige*, porque traspasando las nieves y los hielos, se abre paso á la luz del día.

El *laurel tino*, (*viburnum tinus*) que es en union del boj, y aun mas todavía que este arbusto, una de los mejores adornos de los jardines bien cultivados, despliega orgulloso en este tiempo su brillante ramage, que no reconoce rival, y muestra ya sus grandes ombelas que vienen á consolarnos por espacio de dos meses de la privación de las flores.

Enero no tiene, pues, como se cree, ese carácter mortífero: despliega si, lujosamente todos los rigores del frío; pero no ejerce una influencia decisiva sobre la vida de las plantas. Esta subsiste siempre, como una enérgica protesta contra la muerte, cuya idea tanto nos asusta.

Pero los vegetales verdaderamente propios del invierno son los criptógamos. Para ellos la estación rigorosa es la época mas brillante de su vida: son tan pequeños y tan débiles que no pueden soportar ni los ardores del sol, ni la temible influencia de una atmósfera caliente, y necesitan siempre del aire frío y cargado de partículas húmedas, para decorar la tierra y la corteza de los árboles con un ligero tapiz de verdura. Las paredes de los fosos que no tienen vegetación y de los huecos ó destrozos que las avenidas hacen en los terrenos, se cubren de este musgo y de líquenes que parecen querer ocultar con una ligera gasa la desnudez de la madre que los produce.

En los grandes y poblados bosques, donde crecen los árboles seculares, se observa que por la parte del Norte, y solo hacia ella, se reviste su tronco de un verde brillante. Por mas que se mire de cerca, no se vé apuntar nada sobre este color uniforme, y es preciso armarse de un buen lente para conocer que son vegetales en el primer periodo de su desarrollo. Los cazadores extraviados se han aprovechado mas de una vez de este curioso hecho como medio infalible de orientacion. Esta brújula natural les ha permitido encontrar el camino que habian perdido.

Las mas duras rocas no están á cubierto de esa contribucion que la naturaleza impone á todo lo que se encuentra dentro de su vasto imperio. Apesar de lo compactas que son sus moléculas, como ofrecen algunas asperezas, se adhieren á ellas las plantas parásitas, que las descomponen con una paciencia y una perseverancia invencibles. Sobre sus restos, que forman la primera capa de tierra vegetal, vienen los criptógamos mas elevados en la escala de los seres vivientes, á ocupar un lugar que ensanchan despues, continuando la obra de la desagregacion comenzada. Este es el punto de partida de la vegetacion: á los líquenes suceden los musgos, á los musgos los vegetales fenerogamos que tienen flores y granos; y la roca, antes muerta, viene ahora á ser tributaria de la naturaleza animada.

En nuestra hermosa y pintoresca España tenemos territorios donde estudiar esa variada y caprichosa vida de la vegetacion sobre las rocas y de seguirla desde su punto de partida, es decir, desde la primera molécula que se une á ella, hasta el vegetal arborescente que se establece sobre una capa de restos orgánicos, cuyo origen se remonta tal vez á algunos siglos. Rocas hay donde se cuentan multitud de especies de plantas correspondientes á todos los órdenes de la escala orgánica.

¡Cuán cierto es que para el hombre observador y reflexivo no hay una sola época del año que no pueda ser objeto de sus tareas! En efecto; la naturaleza es un libro siempre abierto, y en el cual basta haber leído una vez para saborear sus bellezas. El es despues de las Escrituras santas y de las obras piadosas, el mas hermoso y elocuente de todos los libros.

UN EPISODIO EN EL TERROR.

POR BALZAC.

Serian las ocho de la noche del 22 de enero de 1793 cuando una dama de avanzada edad descendia de la rápida eminencia que termina delante de la iglesia de San Lorenzo de Paris, en el arrabal de San Martin. Era tanta la nieve que durante el día habia caído, que apenas se distinguia el ruido de los pasos, y las calles estaban completamente desiertas. El terror que naturalmente inspira el silencio y la soledad, se aumentaba entonces con aquel pánico que hacia gemir á la Francia, por lo que la dama no habia encontrado todavía ninguna persona en su tránsito: su vista debilitada hacia mucho tiempo, no le permitia, por otra parte, distinguir á lo lejos á la escasa luz de los faroles, alguno que otro transeunte semejante á otras tantas sombras en la inmensa val de aquel arrabal. La dama marchaba sola valerosamente á través de aquella oscuridad, como si su edad fuese un talisman que debiera preservarla de todas las desgracias. Luego que hubo pasado de la calle de los Muertos, la dama creyó distinguir los pasos bruscos y fuertes de un hombre que marchaba detras de ella; y entonces imaginó que no era aquella la primera vez que distinguia este ruido. La idea de que la hubieran seguido la espantó, y empezó á acelerar mas su marcha con el objeto de esperar delante de una tienda bastante bien iluminada, para cerciorarse á la claridad, de las sospechas que empezaban á inquietarla. Al momento que se encontró enfrente del rayo horizontal de luz que salia de la tienda, volvió bruscamente la cabeza, y medio distinguió una forma humana entre la niebla. Esta indistinta vision le bastó, un súbito terror se apoderó de su alma que casi la hizo vacilar, por que ya entonces no dudó que habia sido escoltada por el desconocido desde al primer paso que dió fuera de su casa, pero el deseo de sustrarse á su espionaje le dió fuerzas, é incapáz de raciocinar, redobló el paso como si pudiese libertarse así de un hombre que necesariamente debia ser mas ágil que ella.

Despues de haber corrido por espacio de algunos minutos, llegó á la tienda de un pastelero, donde entró precipitadamente y se dejó caer, mas bien que sentarse, en una silla colocada delante del mostrador. En el momento en que levantó el picaporte de la puerta de la tienda, una jóven que estaba ocupada en bordar alzó los ojos, y á traves de los cristales reconoció el manto de forma antigua de seda color de violeta con que la anciana dama estaba cubierta, y se apresuró á abrir un cajon como para sacar alguna cosa que debia entregarle. No solamente el gesto y la fisonomía de la jóven espresaron el deseo de desembarazarse pronto de la desconocida, como si fuese una de esas personas antipáticas cuya vista repugna; sino que dejó escapar una espresion de impaciencia al encontrar que el objeto que buscaba no se hallaba en el cajon, y sin mirar á la dama, salió precipitadamente á la trastienda y llamó á su marido que se presentó al instante.

—¿Dónde has puesto?... le preguntó con un aire de misterio, designándole á la dama con una mirada y sin acabar su frase.

Aunque el pastelero no pudo ver mas que el inmenso gorro de seda negra rodeado de nudos de cinta de color de violeta que servia de tocado á la desconocida, desapareció despues de haber dirigido á su muger una mirada que parecia decir.

—¿Crees que iba yo á dejar eso en el mostrador?... Admirada la muger del pastelero del silencio y de la inmovilidad de la anciana, se colocó cerca de ella; y al mirarla se sintió dominada por un movimiento de compasion ó quizás tambien de curiosidad. Aquel extraño tocado estaba dispuesto de tal manera que ocultaba perfectamente sus cabellos emblanquecidos sin duda por la edad; porque la limpieza del cuello de su vestido atestiguaba que no hacia uso de los polvos, y esta falta de adorno prestaba á su semblante una especie de severidad religiosa: sus facciones eran á la vez graves y arrogantes. La jóven estaba persuadida de que la desconocida era muger diferente de lo que aparentaba y de

que indudablemente habia pertenecido á la corte.

—¡Señora!... le dijo involuntariamente y con respeto olvidando que este titulo estaba proscrito.

La dama nada respondió: sus miradas estaban obstinadamente fijas sobre la vidriera de la tienda como si hubiese pintado en ella algun objeto que la espantara.

—¿Qué tienes, ciudadana? preguntó el dueño que volvió á presentarse al instante.

El ciudadano pastelero sacó á la dama de su meditacion, alargándole una pequeña caja de carton, cubierta con un papel azul.

—Nada, nada, amigos míos, respondió con dulce voz, y levantó los ojos al pastelero como para dirigirle una mirada de agradecimiento; pero viéndole un gorro encarnado en la cabeza dejó escapar un grito.

—¡Ah!.... me habeis hecho traicion?

El pastelero y su muger respondieron á esta exclamacion con un gesto de horror que hizo sonrojar á la desconocida; no sabemos si de vergüenza por haber manifestado sus sospechas ó de placer.

—Perdonadme, dijo entonces con una dulzura infantil.

Despues sacando un luis de oro de su bolsillo, lo presentó al pastelero diciéndole:

—Ved aqui el precio convenido.

Hay una especie de indigencia que los indigentes saben adivinar; y el pastelero cambió con su muger una mirada inteligente, mostrándose á aquella anciana dama y comunicándose un mismo pensamiento. Este luis debia ser el último que poseia. Las manos de la dama temblaban al ofrecer esta moneda al pastelero, que la contemplaba, sin avaricia, aunque no sin sentimiento; pero parecia que comprendia toda la enormidad del sacrificio. El ayuno y la miseria, así como el temor y las costumbres ascéticas, estaban grabadas sobre el semblante de la desconocida con caracteres demasiado inteligibles. En su trage se conservaban todavía algunos vestigios de magnificencia, pues eran de seda, aunque bastante usados; un manto limpio, si bien muy ajado; en fin los harapos de la opulencia. Los comerciantes fluctuando entre la piedad y el interés, comenzaron por descargar su conciencia con palabras.

—Ciudadana, dijo el pastelero, parece que estás muy débil.

—Esta señora tendrá necesidad, tal vez, de tomar algun alimento, replicó la muger interrumpiendo á su marido.

—Por fortuna tenemos muy buen caldo, añadió el tendero.

—Hace tanto frio que la señora se habrá quedado yerta en la calle; pero podeis descansar aqui y calentaros un poco.

—Me parece que no somos tan negros como el diablo, exclamó el pastelero.

Tranquilizada la dama con el acento de benevolencia que animaba las palabras de los caritativos tenderos, confesó que habia sido seguida por un hombre.

—¿No es mas que eso, ciudadana? pues espera un momento, dijo el hombre del gorro encarnado y dió el luis á su muger.

Despues, conmovido por esa especie de reconocimiento que se despierta en el alma de un comerciante cuando recibe un precio exorbitante por una mercancía de mediano valor, fué á ponerse el uniforme de guardia nacional, cogió el chaco, se colgó el sable y volvió á presentarse en la tienda; pero como su muger habia tenido tiempo para reflexionar, sucedió como en otros muchos corazones, que la reflexion cerró la mano que habia abierto la beneficencia. Inquieta y temerosa de ver á su marido en algun peligro, la muger del pastelero trató de cogerle por el faldon de la levita para detenerle; pero obedeciendo á un sentimiento de caridad, aquel valiente hombre se ofreció de repente á escoltar á la anciana dama.

—Parece que el hombre que inspira ese temor á la ciudadana anda todavía rondando por delante de la tienda, dijo vivamente la muger del pastelero.

—¡Ah! mucho me hace temer, dijo ingenuamente la dama.

—Si fuese un espía ó un conspirador; no vayas y recógele la caja...

Estas palabras dichas al oído del pastelero por su muger, helaron aquel repentino valor de que un momento antes se hallaba animado.

—¡Eh! voy á decir dos palabras á ese hombre y á desembarazaros de él inmediatamente, gritó el pastelero abriendo la puerta y saliendo precipitadamente.

La anciana, pasiva como un niño y casi atontada, se volvió á dejar caer sobre la silla. No tardó en volver á entrar el honrado comerciante; su semblante naturalmente encarnado, cuyo color se aumentaba con el calor del horno, se había puesto repentinamente pálido.

—¿Quieres hacer que nos corten la cabeza, miserable aristócrata? gritó con furor; ya puedes tomar el portante.

Al acabar estas palabras, el pastelero trató de quitar á la dama la cajita que había puesto en uno de sus bolsillos; pero apenas tocaron sus vestidos las atrevidas manos de aquel hombre, la desconocida, prefiriendo entregarse á los peligros de la marcha sin otro defensor que Dios, antes que perder el objeto que acababa de adquirir, volvió á hallar la agilidad de su juventud. Con una celeridad admirable se lanzó á la puerta, la abrió bruscamente, y desapareció como un relámpago á los ojos del marido y de la muger trémulos y estupefactos. Al momento que la desconocida se halló fuera de la tienda, empezó á caminar con precipitación; pero bien pronto le hicieron traición sus fuerzas, porque escuchó al espía por el cual era desapiadadamente seguida, haciendo sonar la nieve bajo sus pesados pasos. La desventurada se vió precisada á detenerse, y él suspendió también su marcha; pero ella no se determinaba ni á hablarle, ni á mirarlo, ya fuese por consecuencia del temor de que estaba poseída, ya por falta de inteligencia. Luego continuó lentamente su camino, y el hombre detuvo entonces su paso hasta quedar á una distancia que le permitiese velar sobre ella: aquel desconocido parecía ser la sombra de la anciana dama á quien con tanta tenacidad perseguía. Las nueve daban en el reloj cuando la silenciosa pareja volvía á pasar por delante de la iglesia de San Lorenzo.

En la naturaleza de todas las almas, aun en las mas débiles, está que un sentimiento de calma suceda á una violenta agitación, porque si los sentimientos son infinitos, nuestros órganos son limitados: así fué que la desconocida, no recibiendo de su pretendido perseguidor dolo alguno, quiso ver en él un amigo secreto, sólicito en protegerla, por lo que reunió en su imaginación todas las apariciones de aquel extraño personaje, como para hallar motivos plausibles para corroborar esta consoladora opinión, y entonces le pareció reconocer en él mas buenas que malas intenciones. Olvidando con esto el terror que aquel hombre acababa de inspirar al pastelero, avanzó, pues, con paso firme en las regiones superiores del arrabal de San Martín, y despues de una media hora de marcha, llegó á una casa situada cerca de la encrucijada formada por la calle principal del arrabal que conduce á la barrera de Pantin. Este lugar es hoy todavía uno de los mas desiertos de París. El cierzo, al pasar por los promontorios de Saint-Chaumont y de Belleville, silbaba entre las casas, ó mejor dicho, entre las chozas, sembradas en este valle casi inhabitado, cuyos cercados estaban hechos con murallas de tierra y huesos: este sitio cubierto de ruinas, parecía ser el asilo natural de la miseria y de la desesperación. El hombre que tan encarnizadamente había perseguido á aquella pobre criatura, bastante atrevida para atravesar de noche estas silenciosas calles, pareció conmovido del espectáculo que se ofrecía á sus miradas. Quedóse, pues, pensativo, derecho y en una actitud vacilante, débilmente iluminado por un reverbero, cuya luz apenas podía penetrar la niebla.

El temor dió ojos á la anciana dama que creyó distinguir alguna cosa siniestra en los pensamientos del desconocido: la infeliz sintió despertarse de nuevo todos sus temores, y aprovechándose de la especie de incertidumbre que detenía á su obstinado perseguidor, se deslizó en la sombra hacia la puerta de la casa solitaria, hizo girar un resorte, y desapareció con una rapidez fantasmagórica. El nocturno paseante, contemplaba inmóvil aquella casa, que representaba

en cierto modo el tipo especial de las habitaciones de este arrabal. Esta vacilante casuca, edificada de pedazos de piedra, estaba revestida de una capa de yeso amarillento, pero tan lleno de grietas, que era de temer que se arruinase al menor esfuerzo del viento. La techumbre, compuesta de ennegrecidas tejas, cubiertas de moho y casi destruidas en muchos sitios, parecía que iba á ceder al peso de la nieve.

Cada uno de sus pisos tenía tres ventanas, cuyas maderas, podridas por la humedad y desvencijadas por la acción del sol, anunciaban que el frío debía penetrar en las habitaciones de una manera terrible: de suerte que esta aislada casa parecía una de esas viejas torres que el tiempo se ha olvidado de destruir. Una luz en extremo débil iluminaba las ventanas que cortaban irregularmente el tejado que cubría aquel miserable edificio, mientras que sus demas departamentos se encontraban en la mas completa oscuridad. La anciana dama que acababa de escapar á la persecución del desconocido, subió con mucho trabajo la penosa y tosca escalera, que mas bien parecía una rampa, apoyándose en una cuerda que servía de pasa-manos para no caer; y luego que hubo terminado su difícil ascensión, llamó misteriosamente á la puerta de la habitación que se hallaba en el tejado, y al entrar se dejó caer con precipitación en una silla que un anciano le presentó:

—Ocultaos, ocultaos, le dijo. Apesar de que no salimos sino muy rara vez, nuestras acciones son conocidas y espiados nuestros pasos: siempre tengo delante de mis ojos ese odioso tribunal....

—¿Qué hay, pues, de nuevo? preguntó otra muger que estaba sentada junto á la lumbre.

—El hombre que desde ayer ronda al rededor de nuestra casa, me ha seguido esta noche.

A estas palabras, los tres habitantes de aquel chiribitil, se miraron, dejando asomar á sus semblantes las señales del mas profundo terror, si bien el anciano fué el que se mostró menos agitado, tal vez porque era el que se encontraba mas en peligro.

Cuando un hombre valeroso se vé agobiado por el peso de una gran desgracia, ó bajo el yugo de la persecución, empieza, si así puede decirse, por hacer el sacrificio de sí mismo, y no considera sus dias sino como otras tantas victorias conseguidas sobre la suerte; pero las miradas de las dos mugeres, obstinadamente fijadas sobre el anciano, dejaban adivinar fácilmente que era el único objeto de su mas viva solicitud.

—Tengamos confianza en Dios, y no desesperemos, hermanas mías, dijo el anciano con voz sorda, pero llena de santa unción, nosotros cantábamos sus alabanzas en medio de los gritos que daban los asesinos y los moribundos en el convento de los Carmelitas. Si su santa voluntad ha sido salvarme de aquella horrorosa carnicería, será, sin duda, para reservarme otro destino que debo aceptar con resignación: Dios protege á sus siervos, y á su voluntad puede disponer de ellos. De vosotras, y no de mí, es preciso ocuparse.

—No, dijo una de las dos compañeras del anciano ¿qué vale nuestra vida en comparación con la de un sacerdote?

—En el momento en que me ví fuera de la abadía de Chelles, por mi parte me he considerado como muerta, exclamó la religiosa que estaba sentada á la chimenea, cuando entró la que tan tenazmente había sido perseguida por el desconocido.

—Tomad, replicó la que acababa de entrar, alargando al sacerdote la cajita que le entregara el pastelero, ved aquí las hostias. Pero, me parece que oigo subir alguna persona por la escalera, exclamó como sorprendida.

A estas palabras los tres habitantes de aquella reducida casa se pusieron á escuchar: el ruido que los había alarmado cesó á poco, y todo volvió á quedar en el mismo silencio.

—No os asusteis, hermanas mías, si alguien trata de penetrar en este asilo y llegar hasta vosotras, porque una persona, de cuya fidelidad no podemos dudar, ha debido pasar ya la frontera, dijo el sacerdote, y no tardará en venir á buscar las cartas que he escrito al duque de Langeais y al marqués de Beauséant, á fin de que puedan pensar en los medios de arrancaros de este espantoso país, y de la muerte ó de la miseria que os espera en él.

—¿Y vos no nos seguireis? preguntaron dulcemente las dos religiosas, manifestando una especie de desesperación.

—Mi lugar está allí donde hay víctimas, dijo el sacerdote con sencillez.

Las dos religiosas guardaron el mas profundo silencio, mirando á su huésped con una santa admiración.

—Sor Marta, dijo el sacerdote, dirigiéndose á la religiosa que había ido á buscar las hostias, ese enviado que acabo de anunciaros, deberá responder: *Fiat voluntas* á la palabra *Hosanna*.

—¿Alguien hay en la escalera? exclamó la otra religiosa abriendo un escondite practicado en la pared.

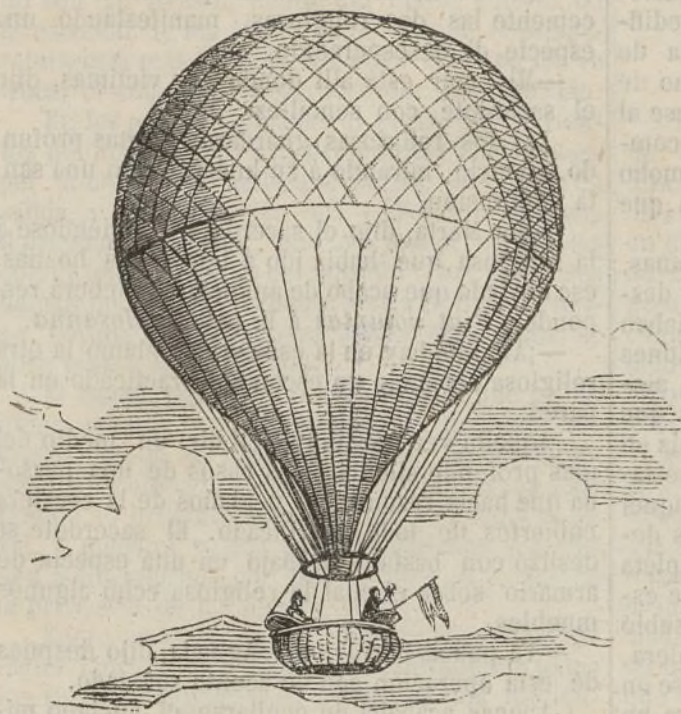
Aquella vez fué muy fácil oír, en medio del mas profundo silencio, los pasos de una persona que hacía resonar los peldaños de la escalera cubiertos de lodo petrificado. El sacerdote se deslizó con bastante trabajo en una especie de armario sobre el cual la religiosa echó algunos muebles.

—Ya podeis cerrar, sor Agueda, dijo despues de esta operación con un acento sofocado.

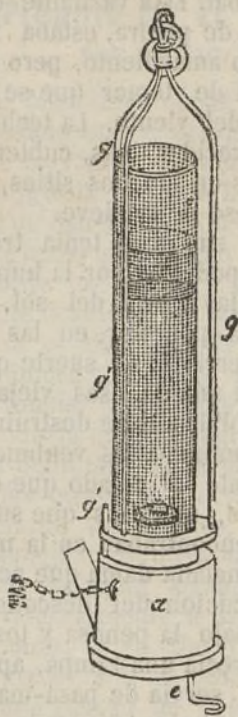
Apenas acababa de ocultarse el anciano ministro del Altísimo, cuando sonaron tres golpes en la puerta de la habitación que hicieron estremecer á las dos hijas del Señor, las cuales se consultaron con una mirada en que estaba pintado todo su espanto, pero sin atreverse á pronunciar una palabra. Cada una de estas dos santas mugeres representaba unos sesenta años próximamente, y separadas del mundo hacía cuarenta, se asemejaban á esas plantas que, acostumbradas al aire de un invernadero, parecen si se las saca de él. Habitadas á la vida del claustro, no podían concebir que hubiese otra, por lo que habían temblado de espanto cuando se encontraron libres á causa de la destrucción de su clausura, y fácilmente se puede comprender la especie de imbecilidad facticia que los sucesos de la revolución que agitaba á la Francia habían producido en sus inocentes almas. Incapaces de acomodar sus ideas claustrales con las dificultades de la vida, y no comprendiendo además su situación, parecían dos niñas que hasta entonces habían estado bajo la solícita protección de una cariñosa madre; pero que abandonadas ahora y entregadas á sí mismas, rogaban en vez de pedir con resolución. Así es, que en presencia del peligro que en aquel momento preveían, permanecieron mudas y pasivas, no conociendo otra defensa que la resignación cristiana. El hombre que con aquellos golpes demandaba, á no dudarlo, permiso para entrar, interpretó á su manera aquel silencio, y abriendo la puerta se presentó de repente en la habitación; pero ¡cuál fué el espanto de las dos religiosas al reconocer al misterioso personaje que, hacía algun tiempo, rondaba su casa y hacía averiguaciones con respecto á sus habitantes! Las desventuradas siervas del Señor, quedaron inmóviles contemplando al recién venido con una inquieta curiosidad, semejante á la que manifiestan los niños salvajes cuando examinan á los extranjeros.

El hombre que de aquella manera se había introducido en el retirado asilo de las dos religiosas, era grueso y de elevada estatura; pero ni sus maneras ni su apostura, tenían ninguno de esos caracteres que señalan á los malvados. Y mirando la inmovilidad de aquellas dos mugeres que tenía en su presencia, paseó su mirada lentamente por la habitación en que se encontraba.

Dos esteras de paja colocadas sobre unas tablas servían de cama á las religiosas, y una sola mesa estaba colocada en medio de la habitación, y encima de ella había un candelero de cobre, algunos platos, tres cuchillos y un pan redondo. El fuego de la chimenea era asaz modesto, y algunos pedazos de leña hacinados en un rincón, atestiguaban por otra parte la pobreza de las dos reclusas. Las paredes, cubiertas de una capa de una pintura muy antigua, atestiguaban el mal estado de la techumbre, puesto que una multitud de manchas, semejantes á hilillos de un color parduzco, indicaban las infiltraciones de las aguas llovedizas. Una reliquia, salvada sin duda del pillage en la abadía de Chelles, ornaba la campana de la chimenea, completando el mueblage de esta pieza, tres sillas, dos baules y una cómoda en muy mal estado. Una puerta practicada



Globo de Mongolfier.



Lámpara de seguridad de Davy.



Modo de llenar un globo con gas hidrógeno.

junto á la chimenea daba indicios de que existía una segunda habitacion.

El personaje que bajo tan terribles auspicios se habia introducido en el seno de aquella familia, hizo bien pronto el inventario de la celda en que se encontraba, y un sentimiento de conmiseracion se pintó en su semblante, y casi tan embarazado por lo menos como las dos siervas del Señor, las dirigió una mirada de benevolencia. El extraño silencio en que los tres actores de esta escena permanecian fué poco duradero, porque el desconocido, adivinando la debilidad moral y la inesperienza de aquellas dos pobres criaturas, les dijo con una voz que se esforzó en suavizar:

—Yo no vengo aquí como un enemigo, ciudadanas..... Pero se detuvo y á poco añadió: Hermanas mías, si os sucediese alguna desgracia, creed que yo no he contribuido á ella. Solo he venido aquí, atreviéndome á turbar vuestra tranquilidad, por que tengo que pedir os una gracia...

Las religiosas, guardaron el mismo silencio, —Si mi presencia os es molesta, si..... os importuno, hablad con franqueza..... y me retiraré; pero tened la seguridad de que os soy enteramente adicto, y que si puedo haceros algun servicio, podeis serviros de mí sin ningun temor, toda vez que, tal vez soy el único que se halla encima de la ley, puesto que ya no tenemos rey.....

(Se continuará).

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

GAS HIDROGENO. —MUERTE DE UN QUIMICO INGLÉS. —GLOBOS AEREOSTATICOS. —FUEGOS ROJOS. —ESPLOSION EN LAS MINAS. —MICROSCOPIO EN EL GAS.

En el mes de noviembre de 1844, los periódicos anunciaron que un químico inglés queriendo ensayar en él mismo el efecto de la respiracion del gas hidrógeno, se puso tan malo que todos los auxilios y medicamentos que le suministraron fueron inútiles, y espiró poco tiempo después víctima de su inmoderado celo por el progreso de la ciencia.

¿Qué cosa es, pues, ese gas hidrógeno capaz de envenenar al hombre y de causar su muerte?

El hidrógeno es uno de los elementos del agua: para obtenerlo en forma de gas, se mezcla el agua con el ácido sulfúrico: si luego se echa zinc ó hierro, el líquido entra en efervescencia y deja escapar el gas hidrógeno, el cual se recoge para los usos que vais á ver.

El gas hidrógeno cuando es enteramente puro, es catorce veces mas ligero que el aire atmosférico; así es que desde que fueron conocidas las propiedades de este gas (descubrimiento que por lo demas no se ha hecho hasta el siglo XVIII) se pensó en servirse de él para llenar los globos aereostáticos que acababan de

inventarse, y que al principio se llenaban dilatando el aire contenido en ellos por medio de un fuego de paja y lana que se tenia encendido debajo, de suerte que diese calor y dilatase lo interior del globo. Trabajo lento, difícil de practicar y muy peligroso, porque el aire exterior que penetraba poco á poco en el globo, bien pronto aumentaba su peso y lo hacia caer en tierra, ademas del riesgo que habia de ver á cada momento prenderse fuego al globo.

Este método antiguo era el de Mongolfier, el primero que en Francia construyó y elevó un globo grande.

El físico Carlos fué el primero que en 1783 se elevó en el aire con el auxilio de un globo lleno de gas hidrógeno, y en 1785 hizo otra gran experiencia que tuvo mayor éxito, remontándose á la altura de doce mil metros, y descendiendo á once leguas de Paris; ejemplo que con mayor ó menor éxito han seguido muchos aereonautas.

El gas hidrógeno, muy inflamable de suyo, tiene tambien sus peligros: ¡desgraciado el aereonauta, si el hidrógeno de su globo entra en contacto con la menor chispa! resulta entonces una explosion que por necesidad debe destruir el globo. Esto es lo que acaeció á Pilastre de Rosier, director del Museo Real de Paris, que tomó vivísimo interés en la invencion de los globos aereostáticos, y quiso intentar con Mongolfier los primeros ensayos que éste hizo en público de su descubrimiento.

Creyendo que obraria bien en combinar el método de Mongolfier con el de Carlos, empleó los dos para un viage aéreo que queria hacer de Calais á Douvres, atravesando, por consiguiente, el brazo de mar ó estrecho que separa la Francia de la Inglaterra. Pero cuando se hallaba en el aire, el fuego que mantenía segun el método de Mongolfier, se comunicó al gas hidrógeno del globo, resultando una explosion que precipitó en tierra al desgraciado Rosier, el cual espiró al momento, si no es que ya hubiese muerto solo por efecto de la explosion.

Ya veis que si el gas hidrógeno es útil á causa de su poca pesadez con relacion á la del aire atmosférico, el uso que hasta aqui se ha hecho de él no deja de tener peligro para los hombres intrépidos, que con el auxilio de este gas se atreven á remontarse en los aires, atravesando la region de las nubes.

Este gas se forma naturalmente, y por desgracia en mucha cantidad, en las minas de carbon de piedra, sobre todo en las que dan la especie que se llama hornaguera gruesa. Allí se escapa de la hornaguera misma y de las cavidades que se hallan entre las capas ó bancos, y se acumula en las galerías donde se trabaja, sobre todo en el extremo de ellas, y á donde no llegue el aire exterior. Si entonces un trabajador tiene la desgracia de penetrar con una luz, al instante se prende fuego á toda la masa de gas acumulado en la galería; se verifica una explosion, quémanse los mineros, se ahogan ó al menos salen heridos, y de resultados de la fuerte de-

tonacion, vienen á tierra algunas bóvedas que tapan ó obstruyen el paso, y que entierran vivos, por decirlo así, á los pobres trabajadores.

Este desastre es harto frecuente; y en enero de 1842 tuvo lugar en una mina de las cercanías de Mons, en Hainato, provincia de Bélgica, que como quizá sabreis es rica en minas de carbon de piedra, y esporta una cantidad inmensa de este combustible, ahora tan útil en las artes, sobre todo para las máquinas de vapor. La explosion indicada se verificó á poca distancia de la boca de la mina, y produjo un hundimiento que cerró enteramente el paso para llegar al fondo de la mina, donde trabajaba gran número de jornaleros. Fué preciso empezar el trabajo al instante, y continuarlo noche y dia para dejar espedito el paso, y sacar á los trabajadores enterrados vivos en aquella parte de la mina.

Los mineros llaman fuego rojo á ese gas inflamable, que como veis los amenaza de muerte debajo de tierra; enemigo muy peligroso, contra el cual se trabaja hace muchos años para librarse de su furia. Un químico inglés, llamado Davy, ha inventado una lámpara, llamada de seguridad, que estando cercada de un enrejado de hilo de metal, debia consumir poco á poco el gas de la mina, sin causar explosion. Sin embargo, este aparato no presenta todas las seguridades que serian de desear, y se ha ofrecido en Bélgica un premio al que encuentre el medio de sustraer los trabajos de explotacion de las minas de carbon de piedra, de los riesgos de una explosion. Seguramente que el sabio que hiciera este descubrimiento, seria el bienhechor de la numerosa clase de jornaleros que no tienen otros medios de subsistencia que el trabajo de las minas.

En tanto que esto no se verifica, se procura establecer en las minas la ventilacion, es decir, el acceso, y si es posible, la corriente del aire exterior: por desgracia, el gas hidrógeno es tan inflamable, que si se mezcla por una cuarta parte con el aire que llena la mina, esta mezcla basta para producir una explosion al acercarse luz.

Observemos aun otro fenómeno del gas hidrógeno. —Cuando mezclado en una quinta parte con el aire comun, lo respiran los hombres ó los animales, entonces hace el efecto de un narcótico, provocando á un sueño irresistible; pero si el gas llega á dominar, puede ser funesto, como lo demuestra el ejemplo del químico inglés de que hemos hablado mas arriba.

En algunas poblaciones hay microscopios con cuyo auxilio se ven por la noche debajo de una luz muy viva pequeños y singulares animalillos que se agitan y se hacen la guerra en una gota de agua. Esa luz tan viva que alumbra un mundo invisible á la simple vista, se debe al gas hidrógeno encendido que se hace pasar sobre una porcion de cal, y que se combina con esta sustancia

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.